

Noche de difuntos

¿Quién me mandaría a mí meterme en un cementerio a las doce de la noche?

Corría una ligera brisa que hacía crepitar ligeramente las hojas de los cipreses, con sonidos entrecortados, que a causa del ancestral temor al lugar donde me hallaba me parecía oír pasos de no se sabe qué seres. Algunas nubes pasajeras al pasar delante de la luna hacían moverse a las sombras de los panteones y los cipreses; a veces creía ver alguien moverse entre las filas de nichos.

Me encaminé hacia el interior por la avenida central, caminando con pasos cortos y procurando no hacer ruido. El sonido de mis pisadas en la grava me

parecía tan estridente como los platos al romperse. Pasados diez o quince metros giré a la derecha y me interné entre las filas de nichos; al poco volví a girar, esta vez a la izquierda, por una calle estrecha, en la que apenas entraba un poco de claridad lunar. Apenas había recorrido un metro o dos y ya me había arrepentido de haberme metido ahí. De pronto una sombra descendió vertiginosamente sobre mi cabeza y apenas me dio tiempo a echarme al suelo, pensando que sería un alma del otro mundo que venía para llevarme con ella; desde el suelo la vi dirigirse a la parte más alta de un ciprés y lanzar un aullido prolongado, que me

pareció quejido de difunto, pero que debía ser una lechuza o mochuelo que se asustó tanto o más que yo.

Anduve bastante tiempo perdido por entre las hileras de nichos, desorientado, sin saber si iba en la dirección correcta o estaba dando vueltas; todas las hileras de nichos eran iguales, la única forma de distinguirlos era mirando los números y letras, pero el miedo me impedía detenerme para comprobar mi situación.

Alguna vez me pareció oír gemidos dentro de los nichos y apreté el paso, temiendo no saliera algún muerto a cogerme.

Por fin distinguí al fondo la silueta de un panteón sobresaliendo sobre los nichos y los cipreses que me sirvió de guía.

Un poco antes de llegar oí un ruido raro que no supe identificar y que según me iba acercando me pareció gemido de condenado sometido a tortura en las calderas de Pedro Botero. Aunque el pánico me hacía desear correr en la dirección contraria la curiosidad me llevaba hacia el ruido. Me descalcé y seguí caminando lo más sigilosamente que pude, midiendo hacia donde dirigiría el pie antes de levantarlo, hasta que llegué

junto al panteón que me servía de guía y me pegué a una de sus paredes, intentando fundirme con ella para no ser visto ni sentido. El gemido infernal había ido creciendo y ahora creía oír también palabras; me deslicé por la pared hacia la esquina siguiente, tras la cual debería estar el torturado. El corazón me latía con fuerza y yo temía que su ruido, que me parecía tan fuerte como el de un tambor, no fuera a delatar mi presencia a quien quiera que estuviera detrás del panteón.

Al asomarme tras la esquina algo se me clavó en el pie y no pude evitar un grito de dolor. Una sombra se levantó del suelo y se convirtió en dos, entonces oí la familiar de Manolo que decía:

- ¡Venga tío! Ya era hora, creíamos que no vendrías. Espabilate, detrás de esa esquina tienes el cubo de agua, el detergente y la legía, te tocan desde el setenta y seis al ciento cincuenta y si a las nueve hemos terminado todos cobramos. Y procura hacerlo bien que mañana habrá muchos visitantes y querrán ver limpiatas las lápidas de sus difuntos; no sea que alguno se levante a quejarse, ¡je, je, je! **J.J.**



COMPAÑÍA VASCONGADA
DE SEGUROS Y
REASEGUROS, S.A.

Ramo de Vida en sus diversas modalidades

- Individual i acumulativos - Aviación
R.C.S.O. - R.C.
- Generales - Incendios - Robo - Paralización
Máquinas
- Comb. Incendios - Roturas - Vida - Multirisgo

PLAN DE JUBILACIÓN

Delegaciones en Les Coves:

Julio Tena Albert

Masra Mosquera San José, s/n - Tel. 42 60 01